

LA INTELIGENCIA EN LA EMPRESA DE INGLATERRA: LECCIONES APRENDIDAS

Jorge VILAS RODRÍGUEZ
Especialista en Servicios de Inteligencia

Resumen

Este artículo tiene como objetivo principal extraer lecciones de un hecho histórico muy importante en nuestra historia naval, con vistas a su aplicación en nuestros días, bien entendido que «el analista no debe extrapolar directamente toda lección del pasado a la actualidad, sino que debe realizar un análisis de la situación pasada y presente para, así, explotar de forma eficiente los datos del pasado» (1).

Para alcanzar el objetivo propuesto, nos ocuparemos de la planificación de la empresa de Inglaterra, mostraremos la importancia de los embajadores y sus redes de información, de las comunicaciones y su cifra, de los errores de planificación...; analizaremos la problemática de los agentes dobles y de la toma de decisiones, etc.

Palabras clave: Inteligencia, lecciones aprendidas, Armada, Felipe II.

Introducción

FELIPE II asciende al trono en un momento de máxima tensión internacional. Toda Europa está sumida en guerras de religión entre católicos y protestantes (2). Además, a estas amenazas hay que sumar la proveniente del mundo musulmán, principalmente del imperio otomano. En este contexto, Felipe II, erigiéndose en defensor de la cristiandad, librará su particular guerra santa y, para ello, no dudó en servirse de una gran red de diplomáticos y espías (3).

(1) NAVARRO BONILLA, D.: *Inteligencia y análisis retrospectivo. Lecciones de Historia y lecturas recomendadas*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2014.

(2) PÉREZ, J.; PESET, M.; PESET, J.L., y HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, M.: *La forja del Imperio. Carlos V y Felipe II*, núm 6 de la serie *Historia de España*, extra XVIII de *Historia 16*, pp. 54-70, 1981; CARNICER GARCÍA, C.J., y MARCOS RIVAS, J.: *Espías de Felipe II. Los servicios secretos del Imperio español*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

(3) HERRADÓN, O.: «Felipe II: el rey cruzado», en *Historia de Iberia Vieja*, núm. 50, 2005, pp. 10-21.



Felipe II (1573), óleo sobre lienzo de Sofonisba Anguissola. Museo del Prado, Madrid

A la expansión de las ideas de Lutero por Europa hay que sumar el cisma anglicano, que agravó sobremanera el antagonismo entre países católicos y países protestantes, y estos últimos se aliaron en un frente común que cuestionaba el poder de España y de la Santa Sede (4). Por aquel entonces, Felipe II era soberano de «un imperio en el que nunca se ponía el sol», un vasto conglomerado de posesiones conformado merced a matrimonios de Estado, adquisición de territorios adyacentes y, como le había aconsejado su padre, Carlos I, en su «testamento político», la negativa categórica a devolver ninguna conquista. Este fue uno de los principales desafíos a los que tuvo que hacer frente Felipe II ya que, debido a la inmensidad de su imperio, sus enemigos eran abundantes; de ahí que, durante sus cuarenta y dos años de reinado, la Monarquía solo cono-

ciera seis meses de paz absoluta (5). Además, aunque muchos historiadores destacan que Felipe II tomaba las decisiones guiándose principalmente por razones políticas y no religiosas, no cabe duda de que la religión fue otro factor fundamental en su política. Tampoco fue desdeñable el factor económico, habida cuenta que el monopolio de la ruta de las Indias Occidentales se traducían unos ingresos enormes para la Corona española (6).

Tras el ascenso de Isabel I al trono inglés, en 1558, las relaciones entre España e Inglaterra se vuelven cada vez más hostiles. Por una parte, Felipe II apoya a los católicos ingleses; por la suya, Isabel I sostiene a los rebeldes flamencos y a los corsarios ingleses que atacan las colonias españolas del Caribe y se hacen con el botín de los barcos que regresan de Indias (7). Pese a estos roces, durante los primeros años del reinado isabelino Felipe II trató de mantener una relación amistosa con Inglaterra, hasta el punto de que llegó pedir matrimonio a la monarca inglesa. Esta estrategia contemporizadora

(4) *Ibídem.*

(5) PARKER, G.: «Felipe II: condenado al fracaso», en *Historia 16*, núm. 303, 2001, pp. 11-25.

(6) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: «Felipe II e Isabel de Inglaterra: una paz imposible», en *Revista de Historia Naval*, núm. 23, 1988, pp. 19-36.

(7) PÉREZ y otros: *op. cit.*



Retrato de Isabel I de Inglaterra de George Gower. Se lo conoce como *Retrato de la Armada* por representar en segundo término la victoria inglesa sobre la Gran Armada

obedecía a la importancia de mantener una buena relación con los ingleses para aplacar la rebelión de los Países Bajos. Pero la excomunión de la reina Isabel, decretada por Roma en 1570, agravó la situación y radicalizó ambas posturas. Y, tras la expulsión mutua de embajadores y el ataque de Drake a las Indias en 1585, las relaciones diplomáticas quedaron rotas. Desde ese momento, la guerra fue prácticamente inevitable (8), así que Felipe II se dispuso a invadir Inglaterra movilizando todos los recursos políticos, económicos, religiosos y militares necesarios (9). Y, dentro de estos planes de invasión, el elemento naval ocuparía un lugar preferente. Estamos hablando, por supuesto, de la Gran Armada.

(8) FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: art. cit.; CERVERA PERY, J.: «La Armada felicísima: reflexión al final de un centenario», en *Revista de Historia Naval*, núm. 23, 1988, pp. 7-18.

(9) PARENTE RODRÍGUEZ, G.: «La Empresa de Inglaterra», en *Revista de Historia Naval*, núm. 1, 1983, pp. 103-110.



Sir Francis Walsingham, retrato de autor desconocido. National Portrait Gallery, Londres

La aportación de los servicios secretos de ambos bandos fue crucial para preparar la invasión o hacer frente a la misma, urdir o desbaratar conspiraciones, reconocer el terreno, tantear la situación social del enemigo..., en definitiva, para obtener cualquier información útil sobre el antagonista. En este ámbito, los embajadores fueron pieza clave, ya que recogían información por sí mismos y, además, disponían de una red de informadores que les permitía estar al tanto de todo lo que ocurría a su alrededor, para luego hacérselo saber a su rey. A estas redes de espionaje no les faltaba (casi) ninguna de las características propias de un servicio moderno de inteligencia: utilización del cifrado, falsas direcciones, residencias protegidas, agentes dobles, servicio de contraespionaje... (10). De hecho, varios autores consideran al secretario de Estado de la

reina Isabel I, sir Francis Walsingham, el padre del espionaje moderno (11).

El año anterior a la partida de la Armada, sin asomo de duda, registra un ritmo frenético en la actividad de los espías de ambos bandos (12). Este hecho histórico es un claro ejemplo de la importancia que la Inteligencia Humana (HUMINT) en la toma de decisiones, mostrándonos sus ventajas y desventajas, que no han variado desde entonces.

La Armada y la planificación de la Empresa

Como se ha señalado en la introducción, la empresa de Inglaterra fue un plan de invasión con vistas a derrocar a Isabel I y reinstaurar el catolicismo en las islas británicas. El plan contemplaba la coordinación de las fuerzas de tierra con los elementos navales, que tendrían la misión de escoltar, con el verdadero ejército expedicionario, a los Tercios de Flandes, los cuales, a las órdenes de

(10) BURKE, P.: *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Paidós, Barcelona, 2002.

(11) MORÁN TORRES, E.: «Los espías de la Invencible», en *Historia 16*, núm. 152, 1988, pp. 31-37.

(12) *Ibidem*.

Alejandro Farnesio, cruzarían el Canal para invadir Inglaterra (13). El planteamiento estratégico era irreprochable, pero un análisis minucioso de la táctica con que se implementó habría detectado en él puntos vulnerables (14).

Para llevar a cabo la Empresa, se conformó la Armada. Con el término «armada», en el siglo XVI, se designaba una movilización de recursos navales para acometer una empresa, cualquiera que fuera su tamaño. Es decir que una armada estaba constituida por barcos de diversa índole: de guerra, mercantes, galeras, barcasas..., no importa en qué número (15). El elemento clave de la empresa que nos ocupa era el encuentro de la Armada con los Tercios de Flandes. De los varios puntos vulnerables a que hemos aludido, uno de ellos era las dificultades de coordinación entre el mando naval (duque de Medina Sidonia) y el mando terrestre (duque de Parma), que por añadidura estaban sujetos a la superior supervisión del propio Felipe II desde Madrid. Teniendo en cuenta que la correspondencia entre Flandes y Madrid podía tardar semanas en llegar —en el caso de que lo hiciese—, entenderemos los problemas de coordinación que padecía la fuerza movilizada. De hecho, en la correspondencia entre estos tres protagonistas se muestran, repetidamente, signos de descoordinación, fruto del tiempo que transcurría entre el envío de un correo y la recepción de la respuesta. También hubo muestras de descoordinación en los sucesos de Calais, aunque por otros motivos (16). Además, se incurrió en errores de logística, puesto que las demandas de Farnesio de disponer, primeramente, de un puerto que pudiese cobijar los galeones españoles fueron desoídas por Felipe II (17). Por otra parte, como ha quedado dicho, la Armada se componía de un conjunto de barcos variopintos, muchos de los cuales no parecían apropiados para culminar con éxito la hazaña que se les demandaba (18), sobre todo cuando los ingleses disponían de una flota más ágil y pertrechada con cañones de largo alcance (19).

Es cierto que, en el desastre de la Armada, aparte de la descoordinación, también cumplió su función la (mala) suerte de que se desatasen las tormentas del Mar del Norte, más decisivas que la intervención de la flota inglesa (20). De todos modos, este trabajo no trata de buscar excusas sino de analizar los errores en la planificación de la Empresa, para aprender de ellos. Aparte de

(13) O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H.: «La seguridad de los Países Bajos, requisito para la Empresa de Inglaterra de 1588», en *Revista de Historia Naval*, núm. 2, 1983 pp. 107-116; CERVERA PERY: art. cit.

(14) CERVERA PERY: art. cit.

(15) OLESA MUÑOZ, F.F.: «Algunas consideraciones en torno a la Gran Armada», en *Revista de Historia Naval*, núm. 1, 1983, pp. 31-93.

(16) ADAMS, S.: «La batalla que nunca existió: reconsideración sobre la estrategia de la campaña de la Armada», en *Revista de Historia Naval*, núm. 23, 1988, pp. 73-88.

(17) O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, H.: «El secreto, requisito para la Empresa de Inglaterra de 1588 (II)», en *Revista de Historia Naval*, núm. 7, 1984, pp. 63-74.

(18) ADAMS: art. cit.

(19) CERVERA PERY: art. cit.

(20) PARKER, G.: «Si la Invencible hubiese desembarcado...», en *Historia 16*, núm. 140, 1987, pp. 37-48.

que no todo fueron desaciertos. Y así, por ejemplo, la labor de reconocimiento geográfico fue acertada y se eligió un lugar idóneo para el desembarco: las playas entre Dover y Margate, en el condado de Kent (21).

La importancia del factor sorpresa

La sorpresa era fundamental para que la Empresa tuviera éxito (22). De hecho, la premisa del secreto en torno a la invasión fue uno de los tres requisitos que Alejandro Farnesio impuso al plan (23). Pero, en una empresa de tal alcance, en la cual iban a participar gentes de diversa procedencia, mantener el secreto parece una tarea muy difícil. Además, debido a la tensión existente entre España e Inglaterra, y a la presión que ejercía el Vaticano sobre Felipe II para que invadiese las islas, el secreto se centraba poco más que en el cuándo y el cómo de la invasión (24).

Sin embargo, ya desde 1586, es decir, desde que se comienza a fraguar el plan, los agentes de Walsingham estaban al tanto de este, ya por la infiltración de espías, ya por la interceptación del correo. Por lo tanto, el requisito principal de Farnesio falló desde un principio. La eficacia del servicio secreto de Walsingham queda aquí demostrada. El propio Walsingham, al descubrir que su embajador en París actuaba como agente doble, informando a París y a Madrid, lo mantuvo en su puesto ofreciéndole información contaminada y enterándose de los planes de Felipe II desde el principio (25).

Algunos autores señalan que, en la pérdida del secreto, tuvo importancia la lentitud de Felipe II a la hora de tomar decisiones, en su obsesión por tener la última palabra en todas las resoluciones del reino. Sin embargo, la prisa a la hora de decidir de analistas y decisores políticos es uno de los principales errores en que no debe incurrirse (26).

La Inteligencia y la toma de decisiones

La Inteligencia al servicio del Estado es, normalmente, secreta y se genera en el seno de organizaciones cuyo fin es rebajar la incertidumbre de un agente decisor. Se trata de un producto de alto valor añadido que ayuda a tomar decisiones de una forma más eficaz. La necesidad que satisface —obtener información sobre el enemigo— es atemporal (27).

(21) ADAMS: art. cit.

(22) *Ibidem*.

(23) O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA: «La seguridad de los Países Bajos...»

(24) ÍDEM: «El secreto, requisito...»

(25) *Ibidem*; MORÁN TORRES: art. cit.

(26) PARKER: «Felipe II, condenado al fracaso»; JORDÁN ENAMORADO, J.: «Análisis de Inteligencia estratégica», en ÍDEM (coord.): *Manual de estudios estratégicos y seguridad internacional*, Plaza y Valdés, Madrid, 2013, pp. 369-391.

(27) NAVARRO BONILLA, D.: «Inteligencia estratégica», en JORDÁN ENAMORADO, J. (coord.): *op. cit.*, pp. 349-368.

Felipe II era plenamente consciente de que, para gobernar un imperio tan vasto como el español, con tantos enemigos al acecho, la importancia del secreto en las decisiones tomadas era primordial. Por ello, solo un reducido grupo de colaboradores tenía acceso a este género de información; es más: en ciertos casos de información particularmente delicada, el rey era el único que la conocía (28). Felipe II fue el impulsor de toda una maquinaria de obtención, custodia y organización de la información como recurso estratégico, de lo que se cuenta con innumerables pruebas documentales en el Archivo de Simancas y la embajada española en Roma (29). La conciencia archivística del monarca fue clave en la institucionalización del espionaje y en su integración en el resto del aparato burocrático del Imperio, basada en el indisociable vínculo entre información, secreto y razón de Estado (30), requisito insoslayable para gobernar dominios tan vastos (31). De todas formas, la ingente cantidad de información manejada generó frecuentes atascos en la maquinaria burocrática que debía procesarla y analizarla, por falta de tiempo para hacerlo convenientemente (32), algo que en la actualidad no ha perdido un ápice de vigencia.

Esta falta de tiempo para abarcar todas las informaciones que llegaban a conocimiento del rey queda evidenciada en su flexible sistema de prioridades. El monarca permitía que le fuesen presentados los asuntos más urgentes y dejaba de lado el resto hasta haber concluido los mismos. Al igual que los gobernantes de hoy en día, Felipe II dedicaba la mayor parte de su tiempo a intentar «apagar incendios». A esto se juntó la obsesión del monarca por participar en todas las decisiones importantes, lo cual retrasaba aún más la toma de estas. En este sentido, en los preparativos de la Armada, Felipe II solicitó a sus enviados en el extranjero que le mantuviesen constantemente informado, lo cual originó un denso flujo de información. De este modo, el rey se consideraba el único con una visión completa de la preparación y la marcha de la Empresa y entendía que no se podía modificar ni un ápice el plan sin su consentimiento. Este hecho, unido al problema de la descoordinación anteriormente citado y a la morosidad de las comunicaciones, fue uno de los errores de mayor incidencia en el desenlace fatal de 1588 (33). El problema del tiempo que las redes de comunicación necesitaban (34) será tratado más adelante.

No debemos acabar este apartado sin mencionar uno de los problemas que conlleva la Inteligencia Humana y que, evidentemente, afectó a los embajado-

(28) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(29) NAVARRO BONILLA, D.: *Derrotado, pero no sorprendido. Reflexiones sobre la información secreta en tiempo de guerra*. Plaza y Valdés, Madrid, 2007.

(30) ÍDEM: *Los archivos del espionaje: información, razón de Estado y servicios de inteligencia en la Monarquía Hispánica*, Caja Duero-CNI, Madrid, 2004; CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(31) NAVARRO BONILLA, D.: «Historia de la Inteligencia», en GONZÁLEZ CUSSAC, J.L. (coord.): *Inteligencia*. Tirant lo Blanch, Valencia, 2012, pp. 215-280.

(32) ÍDEM: *Derrotado, pero no sorprendido*.

(33) PARKER: «Felipe II: condenado al fracaso».

(34) NAVARRO BONILLA: *Derrotado, pero no sorprendido*.

res de Felipe II. Me refiero a los sesgos subjetivistas que pueden desvirtuar los informes de los analistas de Inteligencia, provocando así que el decisor maneje una información tendenciosa, desfigurada por una interpretación interesada del informante (35). El duque de Alba, que no había tenido reparo en masacrar a los rebeldes de media Europa, mantenía en cambio una actitud muy favorable hacia los ingleses, posición que sus informes delatan (36). Por el contrario, los embajadores españoles en Londres siempre se mostraron más inclinados a la acción contra Inglaterra, quizá influidos por sus roces con los ministros de la reina William Cecil y Francis Walsingham.

La Inteligencia como producto tomó diversas formas, entre ellas las que hoy consideraríamos las fuentes abiertas u *open sources* (OSINT): avisos, gacetas, diarios... Estas comenzaron a ser registradas por los servicios secretos de la época. Hoy en día, es habitual que los servicios de inteligencia acudan a fuentes abiertas para la elaboración de sus informes (37).

Evidentemente, para poder disfrutar de la Inteligencia, el Imperio debía contar con una densa red de informadores que mantuviese constantemente informadas a las estructuras institucionales de la Monarquía. Ello suponía un gasto importante pero necesario. Los principales órganos asesores en materia de Inteligencia eran el Consejo de Estado y el Consejo de Guerra, ambos presididos por el rey. La diplomacia jugaba un papel fundamental ya que, además de encargarse de las relaciones entre países, trataba de reforzar la presencia del Estado en el exterior y de defender los intereses propios. Para esta tarea, los embajadores disponían de una red de Inteligencia que operaba en los principales puntos de la geografía europea (38).

Los embajadores y las redes de espionaje

Ciertamente, la consolidación de unos servicios de inteligencia permanentes fue paralela al desarrollo de la diplomacia permanente. Los embajadores del quinientos tejieron redes de espionaje en las cortes que les acogieron, convirtiéndose así en «los ojos y oídos del rey» (39). Los embajadores participaban en las conjuras tan habituales en la época, siendo por ello llamados los «espías honorables» (40). De hecho, varios embajadores españoles en Londres (Guerau de Spes y Bernardino de Mendoza) participaron en varias conspira-

(35) JORDÁN ENAMORADO: *op. cit.*

(36) CABAÑAS AGRELA, M.: «El temible Alba, un cordero ante Inglaterra», en *Historia 16*, núm. 331, 2003, pp. 8-25.

(37) NAVARRO BONILLA, D.: *¡Espías! Tres mil años de información y secreto*. Plaza y Valdés, Madrid, 2009.

(38) ÍDEM: *Inteligencia y análisis retrospectivo*.

(39) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(40) ORTEGA TRIGUERO, J.J.; LÓPEZ GUERRERO, M.A., y GARCÍA DEL CASTILLO CRESPO, E.C.: *Introducción a la criptografía. Historia y actualidad*. Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2006.



Bernardino de Mendoza, grabado anónimo de la Biblioteca Nacional de España

ciones contra la reina Isabel I antes de la empresa de Inglaterra. Para ello se servían de los católicos ingleses, escoceses e irlandeses (41). Además, los hermanos jesuitas participaron activamente en labores de espionaje tanto a favor del Vaticano como de Felipe II, a quien consideraban único paladín de la religión católica (42).

Un personaje fundamental en los preparativos de la Empresa fue el embajador en Londres (hasta su expulsión) y París Bernardino de Mendoza (43), personaje hábil en la intriga y el espionaje. El embajador cumplió a la perfección su tarea, enviando una media de tres cartas semanales al rey. Nada en la corte de Isabel le pasaba inadvertido. Fue un maestro para ganarse la confianza de confidentes, gracias a los cuales mantenía perfectamente informado a Felipe II. Pero las tensiones anglo-hispanas fueron en aumento y, tras ser acusado de participar en la conspiración de Throckmorton (desarticulada por los agentes de Walsingham) contra la reina, fue expulsado de Inglaterra. Sin embargo, Felipe II, en

vez de amonestar al embajador, le destinó a París, desde donde seguiría muñendo intrigas contra los ingleses. De hecho, en 1586 Mendoza planeó otra conspiración contra la reina Isabel I pero, una vez más, los agentes de Walsingham desbarataron el plan, en este caso infiltrando a un agente doble, Guilford (44).

Sin embargo, el propio Felipe II era consciente de que la información procedente de los embajadores no eran suficiente, y estos, a la hora de reclutar agentes, debían procurar componer una gama lo más amplia y diversa posible en cuanto a procedencia, motivación, clase social... Según un embajador

(41) HERRADÓN: art. cit.

(42) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*; HERRADÓN: art. cit.; MORÁN TORRES: art. cit.

(43) O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA: «La seguridad de los Países Bajos...»

(44) CABAÑAS AGRELA, M.: «Un espía español en la corte de Isabel I», en *Historia 16*, núm. 321, 2003, pp. 8-27; ÍDEM: «Fiestas e intrigas: la corte de Isabel I a través de los ojos de un embajador», *ibidem*, pp. 28-41.

veneciano, Felipe II contaba con espías hasta entre los bufones de la corte. Los mercaderes suministraron información a ambos bandos durante los preparativos de la empresa de Inglaterra (45). Los servicios de espionaje españoles tenían una trama organizativa muy compleja, compuesta por distintas redes de espionaje autónomas sin vínculo orgánico entre sí (46). Aun así, el sistema se regía atendiendo a una jerarquía bien establecida que aseguraba su correcto funcionamiento, siendo la cabeza el rey, seguido del Consejo de Estado, los secretarios y los embajadores. El propio monarca se encargaba de dar el visto bueno a las labores de espionaje, autorizaba y controlaba los gastos secretos, dictaba las normas sobre el uso y cambio de la cifra... Pero en una organización tan amplia y dispersa por toda Europa —en la época, España contaba con ocho embajadas, mientras que Inglaterra únicamente disponía de la de París—, los verdaderos jefes de las diferentes redes de espionaje no eran el rey, ni los secretarios de Estado, ni los mismos embajadores, sino los secretarios de estos últimos, que tenían comunicación directa con los espías y eran los únicos que podían mantener la continuidad de la red, toda vez que los embajadores cambiaban de destino cada pocos años (47).

Por su parte, el esquema de los servicios de información ingleses era muy distinto del empleado por los españoles. En contraste con el sistema español, que era piramidal, en el que toda la información confluía en el rey y el plan de información venía establecido por el propio monarca o su consejo, el esquema inglés se basaba en un sistema de redes paralelas. De esta forma, se observa que, si bien el sistema inglés resultaba muy eficaz en la fase de obtención y de contraste, por el contrario adolecía de falta de coordinación y de visión integradora. Por su parte, el complejo sistema español corría el riesgo de que un fallo en la obtención o en la transmisión de la información comprometiera la eficacia de toda la red (48). Este es, sin duda, otro tema que puede sonar como actual: ¿cuál es el mejor modelo de un servicio de inteligencia: centralizado o polarizado? El mismo patrón seguía la Flota británica, en la cual el número de barcos piratas y dedicados al corso, es decir, unos grupos navales paralelos, formaban una parte importante (49).

La red más importante de los ingleses era, sin ninguna duda, la que dirigía el secretario de Estado de la reina, Francis Walsingham, el cual, en los primeros años de su carrera política, se dedicó al contraespionaje, para luego, ya de embajador en París, crear allí una red de espionaje. A su regreso a Londres dedicó sus esfuerzos a la creación de un servicio secreto eficaz. Y a fe que lo consiguió, pues su red fue clave a la hora de desbaratar conspiraciones contra la reina y de mantenerse informado de los preparativos de la Armada (50).

(45) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(46) MORÁN TORRES: *art. cit.*

(47) Bernardino de Mendoza, que se mantuvo en Londres muchos años y después continuó su labor desde París, fue al respecto una excepción. CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(48) OLESA MUÑIDO: *art. cit.*

(49) *Ibíd.*

(50) NAVARRO BONILLA: *¡Espías!*

Walsingham operaba con redes independientes, lo que le permitía contrastar las informaciones que le llegaban a través de las embajadas con las de su propio servicio secreto. Una parte de sus agentes se componía de estudiantes ingleses en universidades extranjeras. Incluso elaboró un plan detallado para obtener información sobre España: *Plot for intelligence out of Spain*. Empleó a los judíos expulsados de España y Portugal como red de información. Además del exilio, el presidio fue una de sus principales canteras de fuentes de información, aprovechando la sed de venganza de cautivos y exiliados (51).

Una diferencia importante entre ambos servicios estribaba en su financiación. En el caso de la red española, al estar inserta en el mastodónico aparato político-administrativo filipino, se sufragaba por dotación presupuestaria: los gastos secretos. Por el contrario, los servicios ingleses de Walsingham eran una organización particular, que servía directamente a los intereses de su señor, en este caso Francis Walsingham, más que a los de su reina, que se limitaba a financiarlos (52).

De todo lo anterior es de destacar que las características de la Inteligencia Humana (HUMINT), así como sus ventajas y desventajas, no han cambiado con el correr de los siglos, y hoy en día sigue valiéndose de una tipología muy diversa de personas: funcionarios propios, agentes infiltrados, agentes dobles, desertores, refugiados o inmigrantes, prisioneros de guerra... La principal ventaja de la Inteligencia Humana es que permite conocer las verdaderas intenciones del otro, si bien puede estar intoxicada con información falsa, su procesamiento requiere mucho tiempo y resulta difícil determinar su grado de fiabilidad.

Para ilustrar esta atemporalidad antes mencionada, señalemos el hecho de que ya entonces existió la figura del agente doble. Walsingham fue muy audaz en el manejo de estos «topos» (53). Puesto que en muchos casos había que recurrir a gentes de dudosa fidelidad, había que «fabricarla» mediante un sueldo jugoso o, en el caso de que el agente fuese un informante esporádico, una aportación generosa. De hecho, en los presupuestos filipinos, los gastos secretos constituían una partida importante, lo que generó inevitablemente casos de corrupción que llegaron a ser investigados por el propio Felipe II (54), algo que también nos resulta actual. Y así, como indica el libro *Los espías de Felipe II*: «... el problema de los gastos secretos y el espionaje, un conflicto permanente» (55). La fiabilidad de la fuente y la genuina naturaleza de sus motivaciones siguen siendo cuestiones espinosas para los actuales analistas de inteligencia (56).

(51) MORÁN TORRES: art. cit.; CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(52) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(53) CABAÑAS AGRELA: «Fiestas e intrigas»; MORÁN TORRES: art. cit.

(54) GARCÍA HERNÁN, E.: «Espionaje en la batalla de Lepanto», en *Historia 16*, núm. 332, 2003, pp. 9-41.

(55) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(56) JORDÁN ENAMORADO: *op. cit.*

El correo y la cifra

El sistema de comunicación de la Monarquía dependía de su infraestructura de comunicaciones: carreteras, servicios postales, las flotas atlántica y mediterránea... (57). Las primeras noticias sobre el correo en la Corona de Castilla datan del siglo XIII; sin embargo, fueron los Reyes Católicos quienes lo perfilaron (58). Felipe II heredó el «correo oficial y diplomático» de su padre, Carlos I, un sistema postal que aseguraba la comunicación entre todo el imperio merced a un acuerdo internacional con Francia y la Santa Sede. A pesar del supuesto respeto al secreto del correo, la criptografía siguió en su evolución un curso paralelo al de aquel, y ambos alcanzaron un desarrollo extraordinario en el reinado filipino (59). De hecho, ante la abundancia de las comunicaciones postales en la época, Felipe II creó el «correo ordinario», equivalente al servicio postal de nuestros días (60). Bernardino de Mendoza empleó mayoritariamente el correo diplomático, pero también se sirvió del correo comercial y de mercaderes (61). Por el canal diplomático, a pesar de su mayor seguridad para salvaguardar el secreto, la generalidad de las cartas iban cifradas (62).

Los servicios de inteligencia empleaban, evidentemente, la red de correo. Los principales problemas a los que tuvieron que enfrentarse al respecto fueron la lentitud de las comunicaciones, el alto coste del servicio, la inseguridad en los viajes y la violación del secreto de la correspondencia. Aparte de obtener información por intermedio de los espías propios, los servicios de inteligencia siempre han recurrido a la interceptación de los mensajes del enemigo. La captura de la correspondencia y su posterior descifrado ha sido tarea prioritaria para tales servicios en todo tiempo y lugar. Problema añadido para Felipe II era que todas las redes de comunicación que unían las capitales de su imperio pasaban por Francia o sus costas, lo que entrañaba un riesgo de interceptación muy elevado. Por todas estas razones, preocupación constante del Rey Prudente fue que todo correo que portase información sensible fuese cifrado (63).

El sistema de cifrado más habitual en el siglo XVI fue el «método mediante sustitución». Para ello, los criptógrafos se guiaban mediante un *nomenclator*, que no era más que un catálogo con la clave a emplear. Pero, para descifrar estos mensajes, se crearon ejércitos de criptoanalistas que se dedicaban a tratar de descifrar dichos mensajes encriptados. Para luchar contra ello, Felipe II ordenaba cambiar las claves con frecuencia, merced a lo cual se llegó a

(57) NAVARRO BONILLA: *Inteligencia y análisis retrospectivo*.

(58) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(59) OLESA MUÑO: *art. cit.*

(60) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(61) MORÁN TORRES: *art. cit.*

(62) GARCÍA HERNÁN: *art. cit.*

(63) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*; HERRADÓN: *art. cit.*; CABAÑAS AGRELA: «Un espía español...»

constituir un sistema muy seguro. Sin embargo, pecando de soberbia, el monarca llegó a creer que sus mensajes eran indescifrables (64), siendo así que fueron descifrados por los agentes de Walsingham (65). También se empleaban otros sistemas de protección de la información, como la ocultación mediante escritura microscópica o el uso de tintas invisibles. Sin embargo, la interceptación de los correos y su posterior y laborioso proceso de descifrado no eran los únicos métodos de conseguir la información; en todas las cortes y embajadas europeas se dieron casos de desaparición de códigos y claves por robo o por soborno de algún funcionario (66). Es significativa al respecto la peripecia del criptoanalista John Dee, el cual, bajo la tutela de los ministros Cecil y Walsingham, descifró el código de *Tritemius* (67).

La «leyenda negra» y la propaganda

La empresa de Inglaterra es un caso paradigmático de uso eficaz de la propaganda, un instrumento más de los servicios secretos que los ingleses supieron usar con eficacia en provecho de sus intereses.

De hecho, las denominaciones originales que en la época se le dieron a la Empresa («Empresa de Inglaterra», «Jornada de Inglaterra», «la Armada»...) fueron dando paso a «la Armada Invencible», que es la que hoy goza de un uso más extendido. Tal denominación, aparte del sarcasmo que lleva implícito, hace de la derrota naval el centro de los hechos, cuando dicha derrota no existió como tal. Resulta curioso comprobar que en nuestro propio país hayamos asumido esta manera de enfocar el suceso. Que el aliento de una campaña iniciada hace siglos llegue a nuestros días es harto expresivo de la eficacia de la propaganda (68).

No obstante, este recurso a la propaganda en contra de Felipe II y de la Monarquía hispánica no fue exclusiva de los ingleses; los rebeldes holandeses, encabezados por Guillermo de Orange, fueron los artífices de la «leyenda negra». El objetivo era claro: desprestigiar al monarca y a sus súbditos presentándolos como fanáticos católicos, concitando así contra ellos la hostilidad de la población de los Países Bajos. Ciertamente es que, tras la designación del duque de Alba como gobernador de las Diecisiete Provincias, se implantó una política de mano dura que sofocó las rebeliones sin reparar en brutalidades. Sin embargo, Felipe II no fue, objetivamente, un rey sanguinario (69), aunque tampoco demostró demasiado interés por la propaganda (70).

(64) ORTEGA TRIGUERO y otros: *op. cit.*

(65) MORÁN TORRES: art. cit.

(66) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

(67) NAVARRO BONILLA: *¡Espías!*

(68) PARENTE RODRÍGUEZ: art. cit.

(69) PÉREZ y otros: *op. cit.*

(70) CARNICER GARCÍA y MARCOS RIVAS: *op. cit.*

Política y religión

En una Europa sumida en diversas guerras de religión, en las que el bando católico combatía en unos casos contra el infiel musulmán y en otros contra el hereje protestante, profesar un determinado credo religioso fue en muchos casos determinante para que espías e informadores decidiesen involucrarse en uno u otro bando.

Como ya se ha señalado anteriormente, los judíos expulsados de Portugal y España colaboraron intensamente con la red de espionaje de Walsingham. Del mismo modo, las huestes de informadores de Bernardino de Mendoza se nutrían con muchos católicos ingleses, escoceses, irlandeses y holandeses. De más está subrayar que, en el siglo XVI, el sentimiento religioso prevalecía sobre el patriótico (71).

El fanatismo religioso sería el factor dominante en la política de Estado y el causante de un nuevo orden internacional (72). Como podemos comprobar hoy en día, salvando las distancias, el fanatismo religioso continúa siendo un factor de captación de primer orden.

Conclusiones aleccionadoras

La primera lección que se debe extraer de este trabajo es la importancia de conocer el pasado para reducir el riesgo de repetir errores, máxime cuando la Inteligencia es ante todo una herramienta de prevención. Sin embargo, como ya señalamos al exponer los objetivos que han guiado estas líneas, antes de extrapolar al presente las lecciones del pasado debe procederse a un exhaustivo cotejo de los contextos que enmarcan a uno y a otro.

Una vez puntualizado esto, debemos centrarnos en la lección más importante que se desprende de este trabajo: lo perdurable de muchos de los aspectos de la Inteligencia, los cuales no han cambiado con el correr de los siglos. Especialmente, si nos referimos a las ventajas y desventajas de la Inteligencia Humana, encontramos varios elementos que no han mudado su esencia: los sesgos subjetivistas en los que incurren los analistas de inteligencia, la cuestión de las motivaciones profundas de los espías, la importancia de discernir la intención última de los informadores... Además, como en el presente, los espías del quinientos ya se valían de nombres falsos y de lo que hoy llamaríamos «pisos francos». Y cómo no mencionar la actualidad de las acciones encubiertas de desgaste con que Isabel I y Felipe II trataron de socavar la fuerza del otro mientras mantenían una posición oficial de amistad, doblez de cuya pervivencia en la relaciones internacionales del presente tenemos innumerables ejemplos.

Otra de las conclusiones aleccionadoras que cabe extraer de este trabajo es la importancia de la información y su indisociable vínculo con el secreto y la

(71) CABAÑAS AGRELA: «Un espía español... »

(72) ÍDEM: «El temible Alba...»

razón de Estado. Conocer los recursos de que dispone el enemigo o lo que este hace en todo momento es capital a la hora de tomar una decisión (73). Además, la precisión y celeridad de las informaciones, es decir, la importancia de que lleguen puntualmente a quien ha de tomar la decisión a la que afectan, conserva hoy la misma vigencia que ayer (74). Del mismo modo, los problemas con que tropieza el analista de inteligencia de nuestros días son idénticos a aquellos con que debían lidiar «los espías» del XVI. Los decisores políticos a día de hoy se enfrentan muchas veces a problemas idénticos a aquellos con que tenían que bregar sus antecesores del quinientos.

La gobernación de un imperio tan vasto como el filipino precisaba de una red permanente de espionaje que generase un flujo constante de información, a fin de que quien debía tomar la decisión última lo hiciera con el menor grado posible de incertidumbre. En este capital aspecto la desventaja española fue palmaria. El aparato político-administrativo filipino era descomunal, organizado de un modo rígidamente jerárquico, y la lentitud que ello entrañaba resultó en este caso concreto un grave impedimento frente al ágil servicio secreto del audaz Francis Walsingham.

Más específica es la siguiente lección: la calidad es más determinante que la cantidad. A pesar de su abundancia, muy pocos barcos de la Armada regresaron a España, a causa de sus inapropiadas características tanto para el combate como para la navegación por el océano Atlántico. El fracaso de la armada contra Inglaterra también es ilustrativo de la importancia de contar con refugios sólidos antes de emprender una acción que comportaba tanto riesgo.

Las páginas precedentes nos han recordado también la importancia de salvaguardar el secreto para que los planes se desarrollen conforme a lo previsto. El factor sorpresa, tan importante en la batalla o en las operaciones de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, depende estrechamente de mantener del secreto y evitar filtraciones susceptibles de ser utilizadas por agentes enquistados. En definitiva, la contrainteligencia, en la cual fue un maestro Walsingham, demostró ser crucial en el devenir de las operaciones. Tampoco conviene pecar de soberbia y menospreciar al enemigo creyéndonos invencibles, algo de lo que adoleció el rey Felipe cuando nos hemos ocupado de la pugna criptográfica.

Hoy, como ayer, los conflictos de matriz religiosa suelen enquistarse y eternizarse en el tiempo, algo de lo que son ejemplo en nuestros días el conflicto palestino-israelí o el terrorismo yihadista, en el que, por otra parte, la propaganda tiene un papel preponderante, como en su día lo tuvo la leyenda negra creada en torno a Felipe II. El antiamericanismo que propalan ciertos países o movimientos en el presente, denunciando el carácter imperialista de la política exterior estadounidense, guarda un parentesco muy estrecho con las campañas de desprestigio que, amparándose en la misma razón, sufrió Felipe II.

(73) NAVARRO BONILLA: «Inteligencia estratégica».

(74) JORDÁN ENAMORADO: *op. cit.*

La rigidez en la ejecución de un plan nunca es buena. Sus previsiones no son infalibles, de modo que hay que saber adaptarse a las condiciones sobre el terreno y a las eventualidades. Un dirigente debe tener esto en cuenta, saber ser dúctil y rectificar si es necesario, aceptando los errores y modificando las previsiones sobre la marcha. En este sentido, debemos resaltar la importancia de que un analista sea capaz de improvisar y de su creatividad, que no debe reprimirse ciñéndose a un patrón demasiado estricto. Sin embargo, no debemos incurrir en anacronismos y obviar que los hechos que hemos glosado sucedieron en los tiempos del absolutismo monárquico, cuando los reyes gobernaban por derecho divino, de modo que no debe extrañarnos que el monarca asumiese para sí la toma de todas las decisiones.

Otra cuestión en relación con el tema que nos ocupa y que no ha perdido vigencia en nuestros días es el exceso de información con que tiene que habérselas el analista. En el presente, ese caudaloso flujo puede gestionarse informáticamente, y a ello aluden expresiones de uso común en nuestro tiempo como *big data*, *data mining*... Los superordenadores se encargan de procesar este ingente caudal de datos, pero aun así su sobreabundancia sigue siendo un problema hoy como lo era hace cinco siglos. Para Felipe II era uno de sus principales problemas, ya que ponía en peligro la eficacia de su servicio secreto.

Hay que decir que este trabajo no ha tratado de ser una enumeración de verdades o axiomas. Su propósito ha sido hacer notar que, a pesar de la distancia que nos separa del siglo XVI, el analista o el decisor político de nuestro tiempo se asemeja más de lo que pensamos a sus homólogos de cinco siglos atrás. El ayer está poblado de modelos susceptibles de guiarnos a la hora de resolver problemas del presente (75).

(75) NAVARRO BONILLA: «Historia de la Inteligencia».